

Terrorismo: semántica y política

Fernando Butazzoni

Cada día se cometen en el mundo decenas o acaso cientos de actos terroristas. Así por lo menos lo consignan los periodistas, lo transmiten las agencias internacionales de noticias y las cadenas de televisión alrededor del planeta, lo recogen diarios y revistas en decenas de idiomas. Un coche bomba estalla en Bagdad y de inmediato salta el título del flash: “Irak-Terrorismo”. Lo mismo puede ocurrir en otros países del mundo islámico, o en apartados rincones de África, en Madrid, en Moscú o en ciudades y pueblos de América Latina.

En general, el trabajo de los medios de comunicación ha sido eficaz en su persistente afán de equiparar terrorismo con bomba, pero en realidad la equiparación tiene que ver con un determinado tipo de bomba: debe ser colocada manualmente en el lugar, debe ser de fabricación artesanal y debe ser colocada por civiles. Dicho en otras palabras, cuando un piloto estadounidense lanza desde un F-14 un par de bombas inteligentes sobre algún punto de Irak, la explosión de esa bomba no se considera como un acto de terrorismo, pues no cumple con los requisitos anotados más arriba. Por lo tanto, el piloto en cuestión (de quien, además, nunca conoceremos su nombre) no es tildado de terrorista. No importa que esas bombas impacten en un edificio de apartamentos, por ejemplo, matando a decenas de civiles que se encuentran en sus tareas cotidianas, sin vínculo alguno con las acciones militares que se desarrollan en el país. Tampoco importa que los blancos alcanzados por esas bombas no tengan ningún tipo de conexión con actividades militares, ni que se encuentren fuera del escenario de combates o batallas. Nada importa: un piloto de guerra lanza dos bombas de 500 kg. cada una sobre un edificio de Irak y ese acto nunca va a ser considerado como un acto terrorista.

Bien sabemos que en un idioma, cualquiera éste sea, hay muy pocas palabras que, en sentido estricto, puedan ser consideradas como sinónimos. Casi siempre existe una sutil, apenas perceptible diferencia entre palabras que, en la superficie de la lengua, parecen querer decir lo mismo. El habla

cotidiana, el tallado del idioma durante siglos, ha terminado por emparejar cosas que son distintas, del mismo modo que ha cambiado el significado de determinadas palabras específicas. El uso popular que se le da a ciertos términos o expresiones, acaba por consagrar esas nuevas acepciones, que suelen imponerse después también en los niveles académicos. Así tenemos que la palabra hipócrita, cuyo significado todos conocemos, deriva de una noble designación helénica: los “hypokrites” eran actores que se prestaban a desempeñar determinados papeles en el teatro griego. Hoy, en esa especie de tragedia griega en que se ha convertido la vida cotidiana en nuestro mundo, los hipócritas también se prestan y se venden y se animan con papeles difíciles de desempeñar, pero no son (sólo) actores de teatro. Otro caso interesante es el del “testículo”, que es un diminutivo del latín “testis”, es decir testigo. Los testículos eran dos pequeños “testigos” de la virilidad de una persona. Con el paso de los siglos, las palabras se apartaron una de otra, aunque suele considerarse que para ser testigo en un juicio muchas veces hay que tener testículos suficientes.

Esta digresión genérica sobre el idioma está relacionada de forma muy estrecha con la evolución contemporánea de la voz “terrorismo”. En su semántica, la palabra viene de lejos: habla de aquella deidad, Terror, que según la mitología latina rondaba impune en las puertas del Tártaro, donde Cerbero, el can, vigilaba que nadie huyera. Más acá en el tiempo, tenemos el régimen del Terror impuesto en Francia tras la caída de los Girondinos, y después tenemos el Terror Blanco que asoló por años al mediodía francés durante la Restauración, y el Terror del gobierno de Morillo en Colombia (1816-1819). En el siglo pasado, el Terrorismo encontró una variante novedosa al ser aplicado de forma sistemática en las relaciones internacionales. Las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki suelen ser indicadas como momentos importantes en esa nueva forma de entender la dominación por el terror, pues los EEUU estaban en ese período jugando varias cartas a la vez: por un lado querían quebrar definitivamente la resistencia japonesa, por otro querían mostrar al mundo su poderío militar y, de paso, establecer nuevas reglas de juego para el reparto del mundo que se verificaría después de la contienda. Cientos de miles de japoneses inocentes murieron al caer las bombas los días 6 y 9 de agosto de 1945. Eran ciudades sin ninguna relevancia militar, sin ningún significado político o simbólico, sin otro “mérito” para recibir los bombazos que el de estar en ubicaciones adecuadas, al alcance de los bombarderos, y con escasa protección antiaérea.

La doctrina terrorista parece haber sentado sus reales en la Casa Blanca después de Hiroshima, y rápidamente se expandió a todo el mundo. Agentes de los servicios secretos de EEUU realizaron atentados con bombas en lugares como Saigón, por ejemplo, a comienzos de los años '50, para desestabilizar a los franceses y meter una baza en aquella zona. Graham Greene cuenta uno de esos episodios en “El americano tranquilo” (“The Quiet American”), una de sus más recomendables novelas. Por supuesto que hay cientos de documentos acerca de estos episodios relacionados con la

temprana presencia de EEUU en Indochina. Y hay, además, notables reflexiones de Ho Chi Minh referidas a los “nuevos vínculos” que se establecían entre viejos y nuevos imperios.

En América Latina, la década de los años '50 estuvo plagada de acciones terroristas ideadas y planificadas desde los servicios oficiales del gobierno de los EEUU. Pero es a partir de 1959, con el triunfo de la Revolución en Cuba, que ese método de trabajo político internacional adquiere nuevos bríos: más dinero, personal más capacitado, recursos ocultos, reclutamientos y hasta una legislación adecuada a las circunstancias. La larguísima cadena de intentos de asesinar a Fidel Castro es la punta del iceberg de esa política gubernamental de EEUU, que dicho sea de paso tiene sumergidos algunos tesoros invaluable para entender la historia contemporánea. Uno de ellos está relacionado con el asesinato del presidente Kennedy. Muchos siguen inquiriendo, aún hoy, quiénes mataron a JFK y por qué lo hicieron en realidad. Hace pocos días en La Habana tuve la ocasión de conversar con un ruso que era diplomático de la Unión Soviética destacado en México en 1963, quien se entrevistó con Lee Harvey Oswald por aquellos días. El ruso contaba que Oswald apareció un domingo en la legación diplomática soviética en un estado de nervios tal que, a ojos vista, era un hombre sin el temple ni el coraje ni la inteligencia de alguien que, se suponía, iba a asesinar al mismísimo presidente de los Estados Unidos. Ya Oliver Stone en su memorable película titulada JFK deslizaba una posible trama, pero hay que armar el rompecabezas, y ese rompecabezas va a deparar muchas escandalosas sorpresas.

Sin embargo, el asesinato de Kennedy no está habitualmente incluido en las reseñas sobre acciones terroristas, pues parece no cumplir con los requisitos anotados más arriba. Volviendo al punto, durante toda la década del '60 fueron numerosísimas las acciones terroristas realizadas en distintos países de América Latina, Asia, África y Europa por diferentes servicios secretos y ejércitos, los que, de manera por demás rápida, adquirieron el know how de los norteamericanos. Después llegó la era de las dictaduras militares en América Latina y el terrorismo de Estado adquirió el estatus definitivo de la doctrina previamente elaborada, que se dio en llamar “de la seguridad nacional”. Todo el continente se inundó de militares dispuestos a establecer mecanismos de tortura, asesinato, desaparición y genocidio, cumpliendo con algunos de los postulados de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Por supuesto que esos métodos tenían ya desde antes connotados predicadores, como Somoza en Nicaragua, pero incluso en sus países la nueva realidad acabó por sistematizar las infamias para convertir el Terrorismo de Estado en la única forma posible de gobierno.

Esta forma del terrorismo, caracterizada por el uso abusivo y demoleedor de poderes institucionales ilegítimos al servicio de intereses espurios de dominación y sujeción a intereses supranacionales, tuvo algunas variaciones en intensidad, duración y gravedad, pero en todos los casos, desde el Chile de 1973 en adelante hasta la Colombia de nuestros días, aparece un factor

común: la presencia omnímoda de los Estados Unidos. El Plan Cóndor es la expresión definitiva.

En ese dramático panorama debe inscribirse el atentado contra el avión de la aerolínea Cubana de Aviación que fue derribado en pleno vuelo mediante la colocación de dos bombas, hecho realizado por un grupo de terroristas entrenados, financiados y encubierto por el gobierno de los Estados Unidos. Para algunos la cosa va más allá. Tengo la impresión de que Fidel Castro, por ejemplo, cree que esos mismos terroristas, todos de origen cubano o vinculados a las mafias cubanas de Miami, son de alguna manera el verdadero gobierno de los Estados Unidos. El presidente de Cuba ve una clara línea de continuidad entre la fracasada invasión de Bahía de Cochinos en 1961, el asesinato de Kennedy en 1963, el establecimiento de grupos terroristas en el Escambray y otras zonas de Cuba hasta 1965-66, el escándalo de Watergate iniciado en 1972, el apoyo a la Contra en Nicaragua desde 1980 en adelante con fondos de armas destinadas a Irán, y otros episodios. Y en esa línea de continuidad habría algunos personajes centrales: Bush (padre), Luis Posada Carriles, Más Canosa, Otto Reich, John Negroponte, entre otros. Temas muy vinculados a la defensa ilegal de los intereses de EEUU en el extranjero y a la muerte de ciudadanos de ese país y de otros han sido, de manera recurrente, abordados por ese grupo. Y acaso ahí, también, deberían enfocarse asuntos como las muertes de Omar Torrijos y de Jaime Roldós, la invasión a Granada de 1983, etc.

Pero en todos estos casos, sin excepción, la palabra terrorismo ha sido desterrada del lenguaje de los grandes medios de comunicación. A Luis Posada Carriles, autor intelectual convicto y confeso del atentado contra el avión cubano, nadie lo llama terrorista, como tampoco llaman terrorista a su cómplice Orlando Bosch. El atentado contra ese avión es, típicamente, un atentado terrorista que cumple con los requisitos ya señalados al principio, pues las bombas fueron colocadas manualmente en el lugar, fueron de “fabricación artesanal” y fueron colocadas por civiles. Pero entonces, ah, entonces aparece un elemento clave en ese extraño apareamiento entre semántica y política: el factor ideológico.

Al analizar el caso del atentado contra el avión de Cubana de Aviación, descubrimos que un requisito clave en la designación de “terrorista” por parte de la Casa Blanca y, consecuentemente, de los grandes medios de comunicación, es el requisito político-ideológico. Posada Carriles siempre es mencionado como “un luchador anticastrista”, un “connotado disidente”, un “feroz opositor al régimen”, etc. Me ha llamado la atención que desde los ámbitos anticastristas de Cuba y del exilio, desde las filas de la disidencia y aún entre los opositores individuales, no se haya alzado ninguna voz para protestar contra ese emparejamiento que debería abochornar a cualquiera. Sin embargo, el silencio en este asunto es estruendoso. Nadie, en la oposición a la Revolución Cubana, ha dicho con claridad: “este hombre no es un opositor sino un terrorista”. Palabras que deberían haber sido pronunciadas una y otra vez, pero que no fueron dichas nunca.

De modo que el Terrorismo, desde la óptica dominante (y predominante) para ser catalogado como tal debe estar necesariamente vinculado a la izquierda, al progresismo, a las causas independentistas y, en general, debe ser antiimperialista. Un miembro de la resistencia iraquí que coloca un coche bomba al paso de un convoy de camiones con vituallas para el Ejército de EEUU es, desde esa óptica, un terrorista islámico. Un sargento que viaja en ese mismo convoy, cuando dispara su lanzagranadas contra una casa para “asegurar” el terreno, aunque mate a tres mujeres (como ocurrió hace dos días en Tikrit) es un combatiente. La legitimación política e ideológica se traslada ya, de forma automática, al lenguaje de los partes militares, de los cables periodísticos y de los noticieros de televisión. Y, por acumulación, termina aposentada en el lenguaje cotidiano de millones y millones de personas que, sin darse cuenta, se entregan de pies y manos, a través del idioma, a una estrategia de tergiversación y dominación.

Así pues, luchar contra las nuevas deformaciones del idioma relacionadas con la realidad política contemporánea bien puede ser tenida en cuenta como una manera seria, al alcance de todos, de contribuir de verdad en la lucha contra el terrorismo en todas sus formas, especialmente aquellas más insidiosas y sangrientas, que son las que tienen que ver con la ocupación y dominación de países y territorios por parte de tropas imperiales.